

CARLOS BARRAL Y LA ESPADA DEL ZAR

José Agustín Goytisolo

Que lo escriba ahora, después de tantos años, no debe envanecerse: sólo en parte tenías razón, cosa que no negué entonces; el objetivo del viaje era descabellado, basado en hechos difficilmente creíbles. Pero el viaje en sí podía resultar apasionante, y lo fue, más de lo que cabía imaginar. No participé en aquel disparate, como en tantos otros que me has propuesto, por hacerte caso, sino porque siempre me gusta meterme donde no debo. Un acto gratuito bien aderezado, encandila, y casi todos los tuyos lo son, y tus aderezos resultan grandemente provocativos. A la inversa, debo manifestar que nunca dudaste en participar en los zafarranchos de combate que yo organizaba por mi cuenta en universidades y conventos para intentar poner nerviosa a la dictadura, prescindiendo del permiso o de la ayuda de los partidos políticos, tan lentos y poco imaginativos.

En nuestras decisiones, que otros tachaban de descabelladas, no estuvo nunca presente el alcohol, y lo hago constar aquí y ahora porque existen personas que falsean sistemáticamente las cosas que otros hacen y que ellas no se atrevén siquiera a pensar: que nosotros bebiésemos algún que otro gin-tónic, les llevaba a afirmar que nos poníamos ciegos cada día de Dios, cuando la verdad es que nadie nos vió jamás ebrios ni a tí ni a mí, ni a ninguno de nuestros amigos: que declarén por nosotros gente tan honorable como Angel González, Caballero Bonald, Claudio Rodríguez o Jaime Gil de Biedma, que no se

dónde demonios se ha metido últimamente. Por otra parte, que nos llamen "generación etílica" me molesta sólo por lo de "generación", pues lo del etilismo, desmentido queda.

La cuestión era que tu pasión por espadas y dagas, pasión que con una buena colección de esas armas habías heredado de tu padre, te llevaba a enzarzarte en descomunales y alborotadas ~~discusiones~~ discusiones con el polifacético vecino nuestro, por aquellos años, Juan Eduardo Cirlot, asimismo enloquecido por las tizonas y floretes; ^{gran} controversias que duraban horas y que tenían lugar en su casa de la calle Herzegovino, en la tuya de San Elías o en la mía de Balmes, a un tiro de piedra la una de las otras. Confieso y conozco que era y soy un lego voluntario en cuestiones de espadería y puñalería: no me gustan tales armas, no sirven para nada. No me ocurre así con las escopetas de caza, que demuestran su utilidad y su valía si sabes cómo tratarlas, y que ofrecen momentos irrepetibles y únicos si te otorgan la fantasía de cobrar una perdiz a más de ochenta pasos: para disipar dudas, consulten a Miguel Delibes, por favor.

Carlos, tus discusiones con Cirlot eran penosas e interminables, y tanto Ivonne como mi mujer estaban hasta el gorro de aguantar ~~esas palizas~~; de muchas de ellas me salvé aprovechando cualquier distracción vuestra, y me largaba hasta el bar Cristal City para beber, una tras otra, varias botellas de agua mineral sin gas. Y tú y el Cirlot, que si aquella espada era auténtica o no, que aquella otra se parecía a la que perdió el Conde de Barcelona Ramón Berenguer IV a manos del Cid, o que aquella daga era del siglo XVI o del XVII, e così via.

El caso fue que Cirlot aseguró un día o una noche que la espada del último Zar de Rusia Nicolás II no fue requisada por sus asesinos y los de toda su familia el 16 de julio de 1918, en Iekaterinen-

burg, sino que, más de un año antes, la noche del 16 al 17 de marzo de 1917, al abdicar el Zar en su hermano el Gran Duque Miguel, le entregó la espada. El Gran Duque, con mucha vista, no quiso reinar, y antes de poner tierra de por medio entre él y bolcheviques y mencheviques, hizo llegar la espada real a los popes del Monasterio de Zagorsk, no muy lejos de Moscú. Un monje llamado Dimitri la escondió debajo del cuerpo momificado de San Sergio, que allí se venera grandemente, y que la Revolución respetó. El custodio actual de la dichosa espada era otro pope por nombre Iván, que recibió de Dimitri el encargo de entregársela a cualquier cristiano que la sacara de Rusia para depositarla ^{en} una comunidad de monjes ortodoxos no sometidos al ateísmo rojo.

Ahí saltaste tú, Carlos, como liebre que arranca sin avisar, y remontaste la consabida cuesta de tu insensata imaginación. Cuando Cirlot se retiró a sus cuarteles de Herzegovino, el mal estaba ya sembrado en tu valeroso corazón, y plantándote ante la puerta impidiste la retirada estratégica que había yo iniciado alegando que tenía gente en casa a cenar. Y acto seguido empezaste a juntar mapas de diversas escalas y épocas, en busca del monasterio de Zagorsk. Ivonne, al vernos sentados en la alfombra ^yante tanto papel rodeándonos, dijo algo así como "Vaya par de mentecatos", pero no nos dimos por aludidos.

"¡Ya lo tengo! Está como a unos setenta u ochenta kilómetros de Moscú. Podemos ir en taxi." Yo no es que dudara, sino que estaba completamente convencido de que la historia de la espada era uno de los muchos delirios o invenciones de Cirlot. Pero únicamente dije que quizás no hubiese taxis en Moscú, y de haberlos, que dudaba que el camarada taxista nos quisiera llevar a un monasterio, así, por nuestra cara bonita, y añadí que el viaje, que por otra parte

me fascinaba, nos iba a costar un riñón y parte de Tarragona. Tú afirmaste: "Eso lo arreglo yo; pedimos dinero a la editorial como gastos de promoción en el extranjero, y luego lo devolvemos con el montón de pasta que nos pagarán en cualquier revista importante de Francia, Italia o Inglaterra, por el relato de nuestra aventura."

"Eso" pensé "y luego nos meterán a la sombra aquí, en España, a nuestro regreso, si no es que antes los soviéticos nos dan una friega en Moscú, en ^{el caso de que} la KGB averigüe que intentamos sacar un objeto valioso de la URSS, cosa más que probable."

Al día siguiente me despertaste: "He hablado con Caracas; nuestro amigo Miguel Otero Silva estará en Moscú de aquí a un mes, y me ha dicho que pasará allí una temporada larga, para reciclarde de marxismo-leninismo. Vivirá en la embajada de Venezuela. Podemos dejar la espada del Zar en su poder, y luego él la sacará en la valija diplomática." "O se la entregará al gobierno soviético; no olvides que es un rojazo." "Ciento, es mejor no decirle nada. Que la saque la embajada italiana, y luego nos la da. Otero Silva que se encargue de nuestra estancia es Moscú y del viaje a Zagorsk". Miguel Otero Silva era -ya ha muerto- un novelista venezolano, comunista y millonario, dueño entre otras cosas del tremendo periódico caraqueño El Nacional, muy dado al vodka y a las olorosas y terroríficas camaradas soviéticas. Hay gente para todo.

Tú dijiste que no sabías cómo hacer para llegar a Moscú. Te dejé cocer en el jugo de tu ignorancia, como si fuieras un pato salvaje. Y añadiste: "Quizás Alberto Oliart, que tiene amigos en el Ministerio de Asuntos Exteriores..." "No digas tonterías, Carlos. Para eso sí que sirve un toque de Otero Silva a Relaciones Exteriores de la URSS; nuestros pasaportes los dejamos en una notaría, en París; el notario nos libra unas certificaciones del día en que los deposita en su protocolo, y con tales certificaciones nos vamos a la embajada so-

viética. Allí, esa gente, si ha sido tocada por el Otero Silva, nos dará unos laissez-passer o salvoconductos, y ya está. Y de regreso, el notario de París nos procura otras certificaciones, en las que da fe de que los pasaportes no se han movido de allí durante los días de nuestro viaje a la URSS, y así la policía española, caso de enterarse de nuestra gira, no nos podrá meter mano, ya que es el pasaporte el que no puede viajar a la URSS y satélites, pero no hay ley que diga que no puedan hacerlo las personas." "Eres un tipo estrambótico, pero a veces genial" dijiste modestamente.

Te pusiste en pie, rígido como un alabardero, y empezaste a cantar el himno de la Compañía de Jesús, como solías hacer cuando algo te satisfacía soberanamente. Me abrazaste, jubiloso tú y yo contrito, pues me di cuenta de que estaba metido hasta las patas en aquel prodigioso viaje. Luego, otra vez en posición de firme, arrancaste con el himno de la Acción Católica. Tu cascada de voz provocó el cabreo de Ivonne y también el de Argos, vuestro perrazo que tenía un contencioso con Jaime Gil de Biedma, pues ambos acababan mordiéndose mientras se revolcaban por el santo suelo.

Ivonne se puso momentáneamente seria y dijo: "Seis padres de familia, y ni por esas; pero a Argos no te lo llevas, quítatelo de la cabeza." ¿Tú crees, mujer, que yo soy capaz de poner en situaciones de grave peligro la vida de este perro?" Me molesté. "¿Temes por este animal y no por mí, que soy tu amigo humano?" "Ni él es tan animal, ni tú tan humano." Iba a responderte, puntuizando las cesas, cuando oí que Ivonne empezaba con aquello de: "Sabes lo que te digo, Barral...?" Presentí la conocida bronca matrimonial, y escapé. En casa, mi mujer y mi hija dormían. En el baño me miré al espejo: sí, yo era un insensato, mas para ellas dos quedaría la fama de mis hazañas en la tundra helada de Rusia.

Después de minuciosos preparativos, tomamos el Talgo, y a París.

Nos metimos en el Hotel Namur, siniestra posada a horas, muy ruidoso por culpa de los bidés en perpetuo funcionamiento, pero también muy barato, en la alegre rue Delambre, en el corazón de Montparnasse. Todo el barrio andaba movido: estábamos en abril de 1959, y hacía pocos meses que Fidel Castro y sus barbudos habían tomado el poder en Cuba, y la gauche divine europea con sede en París preparaba las maletas para ir a la isla. No pude ver al negro Walterio Carbonell, pues ya andaba de embajador de la Cuba Revolucionaria en Túnez. Tampoco estaban en el café Les Deux Magots ni Nicolás Guillén ni el moro Fayad Jamis. Mucha gente nos decía: "¿No os animais a tomar un daiquiri en la Habana? Aquello debe estar muy alegre." Pero nuestra misión era más dura y arriesgada. Nada dijimos, y se quedaron los daiquiris para mejor ocasión.

Fuimos con nuestros pasaportes a un notario del boulevard Raspail: se los quedó y nos libró las certificaciones. En la embajada soviética, sorprendente, grata acogida. Se notaban los buenos oficios de Miguel Otero Silva. "¿Objeto del viaje?" "Conocer los logros del pueblo soviético." Debíamos esperar una semana o algo más, y nos darían el salvoconducto. Entonces soltaste una ingenuidad imperdonable: "Esperar saber si somos o no del PCE o del PSUC, y habrá problemas, porque no lo somos." "Al contrario, capitán, no serlo nos libra de la sospecha de cualquier tipo de desviacionismo o pertenecer a alguna microfacción."

Antes de una semana nos comunicaron que ya teníamos los salvoconductos, y que nos los darían en las oficinas de Aeroflot al pagar los billetes. Reconócelo: al salir de Aeroflot estabas más nervioso que una doncella en trance de dejar de serlo. Embarcamos al otro día en el aeropuerto de Orly: era el primer Tupolev de mi vida, que resultó ser muy rápido, aunque incómodo y con cierto olor a grajo

en su interior. "Les abandonó su desodorante" dije. "No busques aquí refinamientos burgueses: éste es el olor del pueblo soberano."

En Moscú hacía frío, pese a estar en primavera. No sé de dónde sacaste un gorro de cuero, como de motorista, ni supe por qué te quitaste la corbata, que muy pronto tuviste que volverte a poner, pues sin ella te negaban la entrada en el país: total, que por unos momentos me pareciste un comisario político de los que yo recordaba en nuestra guerra civil. En la embajada venezolana, Otero Silva nos regaló un gorro de Astrakán a cada uno, y nos adoctrinó en cuanto al uso de la corbata, de la que solamente podíamos prescindir en la cama y a solas. Por supuesto que nada le dijimos sobre la espada del Zar, sino de nuestro interés por ver la colección de iconos de Zagorsk. Ahora creo que a Otero Silva, como buen comunista, no le hubiese gustado la historia de la espada del Zar, aunque sospecho que, como novelista, le hubiera encandilado la cuestión.

Prefiere no hablar del horror que era el Hotel Ucrania, con sus guardianas elefantíasicas vigilando en cada piso y con la tortura de hacernos con un desayuno en una cafetería sin café y con aspecto de garage abandonado. Recorrimos Moscú, a pie o en un coche de la embajada venezolana: el metro elía como para tumbar a un regimiento acorazado del III Reich. "Están jodidos" dijiste "todes hacen cela para cualquier cosa ; mucha fachada de museos, cine y ballet, pero están jodidos. Además, ^{aquí/} no se ríe ni Dios." "Aquí no hay Dios, y aunque le hubiera ¿de qué iban a reirse?"

El día escogido para ir a Zagorsk, un domingo, me despertaste casi al amanecer. La leche. Era para soltarme uno de tus alegatos sobre mi papel en la vida. "Hoy déjame hacer, no te metas en nada, no tienes experiencia ni sabiduría en cosas de espadas, y podrías estropearlo todo. Hasta aquí llegaste, hasta aquí te he dejado hacer

lo que has querido. Ahora, cállate la boca". Yo, mudo.

Abedules y abedules a un lado y otro de la carretera. El chofer de la embajada venezolana, un mulatazo tirando a zambo, trató inutilmente de hacernos grato el viaje contando ocurrencias groseras de su trato con las mujeres soviéticas. Dijo ser el primer militante de base del partido comunista venezolano. "Tienen más de uno, eso es un éxito de Otero Silva" pensé. Al llegar a Zagorsk lucía un sol radiante, casi capitalista. El coche avanzaba entre una multitud de mujiks endomingados, viejos y viejas principalmente.

También tú estabas radiante: bajaste erguido como un abedul, con tu astrakán ladeado, el abrigo sobre los hombros y tu bastón de capitán ballenero de postín en ristre. El mulatón se quedó fuera, y yo te seguí unánime. La gente hacia pasillo ante tu prestancia y mi seguimiento. Te costó tiempo en dar con el edificio en el que habitaban los popes: una especie de porterío malbaratado te entendió después de media hora de repetirle tú: "Pope Iván, pope Iván", y desapareció detrás de una pequeña puerta, casi invisible. ¡Oh minutos inacabables, oh cuarto de hora de agonía! A su regreso, el contrahecho portero tenía tras de sí la gigantesca silueta de un pope de película de Esenstein, una especie de Rasputín coloreado en día de gala, que se agachó para cruzar la puerta diminuta.

Intentaste hacerte entender en un elemental ruso que habías aprendido para la ocasión, pero el pope Iván hablaba un francés muy correcto, y nos deseó la paz. Yo, callado como nunca. Cuando empezasiste a contarle el motivo de nuestra visita, el pope se puso a sonreír primero, para acabar soltando una poderosa carcajada. Luego, ya sosegado, nos miró con infinita ternura. "Son ustedes los últimos que llegan aquí con el cuento ese de la espada del Zar, y créanme que lo siento. No sé quién se ha dedicado, por ahí afuera, a esparrcir tamaños disparates. Ni llegó aquí espada alguna ni, mucho menos, fue escondida debajo del venerado cuerno de San S.

CUERPO DE SAN SERGIO.

Pero no se afijan, pues sé que sus intenciones eran nobles y justas. Además, así tendrán la suerte de conocer Zagorsk. Síganme, vayamos a venerar al Santo, y luego les mostraré todas las dependencias del santuario."

Carlos, te juro que en aquellos momentos te admiré profundamente: en medio del desastre, te crecías, y tu paso, siguiendo las zancadas del pope, era firme, casi marcial. Estuvimos más de tres horas siguiendo a aquél Rasputín, o Iván, o quienquiera que fuese, entrando y saliendo de insólitos edificios como de pastelería, contemplando museos de ex-votos, de icones y de manteos eclesiásticos. Pero yo andaba medio que mareado por la inicial visión del rostro momificado de San Sergio detrás del cristal que lo protegía de la excesiva devoción de los desgraciados mujiks: algo espantoso, como una aparición de pesadilla.

El regreso Moscú-París-Barcelona lo soporté muy penosamente, ya que forcé mi ánimo a fin de evitar burla alguna sobre ti o sobre la espada inexistente. Al fin, antes de llegar a casa, me hiciste jurar que la versión de nuestro viaje debía ser que, recogida la espada del Zar Nicolás II, escondida en Zagorsk, la habíamos entregado/a la vuelta a un monje ortodoxo del monasterio del monte Athos, en la Calcidia griega, monje llamado Crisóstomo, que la retendría en su poder hasta que Rusia se convirtiera al cristianismo, con comunistas o sin ellos.

No entendí por qué no habías recogido, en tus memorias, el viaje maravilloso que hicimos: sería por no darte excesivo tono, por modestia, digo yo, pues pocas veces te he visto tan valeroso y gallardo. No hubo publicación alguna, por suerte, y el importe del nuestros gastos de desplazamiento y estancias lo fuimos devolviendo, muy rudamente, a la editorial, a base de traducciones, antologías y prólogos.

Todo quedó bien, si no fuese porque, treinta años después, terminando casi los ochenta, alguien me dijo que Toni López, el de Beatriz de Moura, en una visita que hizo al monasterio del monte Athos, le compró la espada del Zar Nicolás II a un monje llamado Crisóstomo. Te lo fui a contar, y esperaba que te enfurecieras, pero no fue así: "También tiene otra Antonio de Senilleza, y otra más Antoni Tàpies. A todos se las ha vendido el miserable monje Crisóstomo. Pero yo creo que ahora debemos ir a Athos, y no para desenmascarar a este monje farsante, sino para saber qué armero hay en Grecia capaz de falsificar tan espléndidamente la espada del Zar." "¡Carlos, pero si nunca vimos la auténtica espada de Nicolás II!" "Eso es muy cierto, pero me la imagino casi idéntica que sus falsificaciones griegas. ¡Vayamos a Athos!"

No fuimos. Ni tú tenías demasiadas ganas, ni ambos queríamos desbaratar esta preciosa historia. Ir a Athos hubiese significado romper el misterio de la espada del Zar. Y además, como ya escribí al comienzo de esta crónica, el viaje a Rusia resultó apasionante. Y nunca segundas partes fueron buenas.